

»Pobre mujer y por ende sencilla, creyente y cándida, no sé de filosofías oscuras y rebuscadas.

»Mas por Dios que me parece que es andarse por las ramas, hacer responsable al cielo de la razón de tus faltas.

» Cuando si bien lo examinas y lo meditas con calma, es causa de lo causado quien es causa de las causas.

»Acusas á una mujer de pérfida, infiel é ingrata, sin que te dignes en cuenta tener, que en su edad escasa no era una mujer cual dices sino una niña que entraba cuando tú la conociste casi en la primera infancia.

»Al escuchar de tu amor las juveniles palabras, hizolo por simple juego, como juegan veces tantas los niños que se divierten sin intenciones menguadas, remedando á sus mayores en costumbres y palabras.

V

La promesa

DICHO lo anterior con voz grave y severa, el pirata calló, esperando impaciente la respuesta de la dama.

Esta á cuyos bellos ojos y mientras aquél hablaba muchas, repetidas veces asomáronse las lágrimas; con acento conmovido y cariñosas palabras dió la siguiente respuesta á Jaime Ruiz de Peralta:

—»No sé Jaime, si tuviste razón, motivo ni causa bastantes para negar tu Dios y tu fe cristiana.

» ¡Pobre niña! en su inocencia
y su candor ignoraba
que aquel inocente juego
algún día iba á costarla
la paz de su corazón,
su honra, su vida, su alma:
¿qué prueba más grande quieres
de que la niña ignoraba
lo que era el amor impío
origen de sus desgracias?
No, no fué ella la culpable;
¡ay! no fué ella la ingrata!

» Quien la censura merece,
quien á la razón agravia,
eres tú que la acriminas;
tú, Jaime Ruiz de Peralta.

» Fuiste tú, quien vano y loco
levantaste tu esperanza
sobre el frágil fundamento
de tu vanidad tamaña.

» Confíesalo, Jaime Ruiz.
Nacido en pobre cabaña
que la sombra de una almena
del esplendoroso alcázar
que sobre de sí tenía,
para cubrirla bastaba,
pero dotado á la vez
de grandes aliento y alma,
confíesalo, te halagó

la idea soberbia, osada,
de alzar desde tu humilde
y miserable cabaña,
hasta la envidiable altura
del nobilísimo alcázar:
por eso amaste á la niña
que á sus rejas se asomaba,
y preparado al asalto,
de tu amor hiciste escala;
no le ofenda lo que digo
á Jaime Ruiz de Peralta.

» Sé bien que no pretendiste
de una manera bastarda
salir triunfante en la empresa
que tu ambición contentaba.

» Mas no amor sino el orgullo
que llena entera tu alma
fué quien te indujo á buscar
en la guerra y en las armas,
el lustre y el esplendor
que á tu apellido faltaban.

» No lo niegues, Jaime Ruiz;
mi vista á la tuya alcanza,
y leo en tu pensamiento
como leyera en las páginas
de un libro escrito en mi lengua,
que es la lengua castellana.

» No por ello te censuro

ni veo en ello una falta;
quien aspira á grandes cosas
muestra grandeza de alma.

»Lo que yo condeno en tí
no es tu ambición, es la falsa
idea que de tí mismo
tienes, por tu mal, formada.

»El crimen de que te acuso
porque te envilece y mancha,
es la falta de justicia
y razón de tu venganza.

»No, Jaime; no la tuviste:
la mujer desventurada
á la cual de ingrata acusas
no fué, cual dices, ingrata.

»Ella no te amó jamás:
infantil, sencilla y cándida,
lo que ser amor pudiese,
ya te lo he dicho, ignoraba.

»Te ausentaste: largos años
pasaron en paz y en calma,
sin que tu nombre volviese
á escucharse en el alcázar.

»¿Encuentras quizás extraño
que nadie allí recordara
al humilde muchachuelo

morador de la cabaña
que sus oscuras paredes
unos cuantos piés alzaba
apenas, sobre el cimiento
de las antiguas murallas?

»No quiero mortificarte
ni herirte, Jaime Peralta,
ni mala intención envuelven,
te lo juro, mis palabras.

»Pero quiero defender
á una mujer desgraciada
y hacerte ver la verdad
sin disfraces, limpia, clara.

»Que tú llegaste al fin
á quererla, á idolatrarla,
ni lo niego, ni aun lo dudo:
fué natural que la amaras.

»Era buena y era hermosa
y tan sencilla y tan cándida
que aun teniendo para ser
orgullosa, justa causa,
por razón de la opulencia
y títulos de su casa
que nunca la hubo más
justamente blasonada,
jamás tuvo, sin embargo,
resistencia ó repugnancia
á admitir en su castillo

y otorgar su confianza
al pobre niño nacido
en pobrísima cabaña,
de estirpe, como tú diees
oscura, y humilde, y baja.

»Razón hubiste de sobra,
Jaime Ruiz, para adorarla,
y fué también natural
que aquella pasión infausta
aumentase con el tiempo,
creciese con la distancia,
pues mientras ella vivía
rica y feliz en su alcázar,
tú, buen Jaime, mil angustias
y mil trabajos pasabas,
y eran tus horas de entonces
tan tristes como tan largas.

»Fué por tanto natural
que en aquella vida amarga
volvieses tu vista ansioso
á la niña del alcázar:

pues el recuerdo más dulce
era de tu ingrata infancia,
y bien merecía ser
el ángel de tu esperanza:

»La amaste, lo doy por hecho,
y al mirar cual te elevabas
sobre el nivel de los hombres
por tus acciones preclaras,

adquirió fuerza mayor
aquel amor de tu alma,
pues con razón presumiste
que tu valor y tu espada
cubriendo de honor y gloria
tu estirpe, te aproximaba
á la bella y á la noble
estirpe de tu adorada.

»Tu error estuvo en creer
que ella estuviese obligada
á responder con los suyos
á tu amor y tu constancia,
sin ver que es mucho exigir
de la débil raza humana
que pague la juventud
deudas que hizo la infancia.

»En una niña creiste
y fiaste en sus palabras,
¿por qué si fuiste tan loco
cordura en ella buscabas?

»No fué la infeliz mujer
á tus amores ingrata:
sólo un loco como tú
podría hacer á la infancia
inmediata responsable
de delitos y de faltas
contra una pasión que un niño
ni aun á comprenderla alcanza.

Injusto fué tu rencor,
injustas fueron tus sañas,
y tus reproches injustos,
é injusta tu cruel venganza.

»De tanta injusticia fué
consecuencia desgraciada
la persecución terrible
que se le hizo á la dama,
pues extraída por tí
de la venerable casa
en que se acogió á llorar
su viudez y su desgracia,
primero que descubrir
la negra y horrible mancha
que echaste sobre su honor
en hora vil y menguada,
prefirió que la creyesen
de piedad y de fe falta,
y sacrílega, y perjura;
todo, menos deshonrada.

»Nueve meses vivió oculta
en una humilde barraca
por una pobre familia
acogida y amparada,
y poco después dió á luz
entre lamentos y lágrimas
una niña á quien legó
su hermosura y sus desgracias.

»Hija de un crimen cobarde,

padrón de espantosa infamia,
la pobre mujer no supo
si aborrecerla ó si amarla.

»Pero aquella duda atroz
pronto resolvió la dama,
que para amar á sus hijos
una madre, el serlo basta.

»La niña correspondía
con su amor y con sus gracias
al infinito cariño
de su madre infortunada,
que temiendo que aquel bien
alguien pudiese robarla
dejó de los pescadores.
la hospitalaria barraca,
arreglándose de modo
que en toda aquella comarca
su muerte y la de su hija
como ciertas circularan.

»Con el auxilio de Dios,
largos años ignorada
vivió en provincia distante
de su solariego alcázar.

»Consagrándose al amor
de su hija idolatrada
que su maternal cariño
pródigamente pagaba.

»Supo allí que Jaime Ruiz
causante de sus desgracias,
terror imponía al mundo
con sus crueles venganzas,
y que después de arrasar
el convento y el alcázar
que un día diéronla abrigo
en horas tristes y amargas,
paseando por los mares
su gallardete pirata
al fin renegado había
de la religión cristiana.

»Estas atroces noticias
dieron á las desgraciada
tras una agonía lenta
muerte cruel y temprana,
que dejando en la orfandad
á su hija infortunada
á mil peligros la expuso
de que Dios quiso sacarla.

»Yo conocí aquella niña,
tu hija, Ruiz de Peralta,
y ella me contó la historia
que mi boca te relata.

»Ella me encargó buscarte
donde quiera que te hallaras,
y poner todo mi empeño
en salvar, Jaime, tu alma,
y cumplir he procurado

aquella promesa santa
que hice á la que para mí
fué más que amiga una hermana.

»Dile,—me dijo tu hija,—
que mi madre idolatrada
murió inocente del crimen
de olvidadiza y de ingrata.

»Dile que nunca á lo serio
tomó la pasión temprana
con que un día la entretuvo
el niño de la cabaña.

»Dile que al tomar esposo
cual ella de noble raza,
lo hizo por su voluntad,
porque era bueno y le amaba,
y se tenía por libre
en la conciencia y el alma,
para amar con libertad
á quien mejor le agradara.

»Que injustos fueron por tanto
sus reproches y venganzas,
y que se portó con ella
con cobardía é infamia.

»Pero que pues quiso Dios
que del crimen resultara
una hija á quien amó
con pasión ilimitada,
no maldecía de él

y antes bien le perdonaba
con sólo que á profesar
volviese la fe cristiana.»

«Así lo manifestó
al morir, con la esperanza
de que algún día se encuentren,
en el cielo sus dos almas.»

«Esto tu hija me dijo:
medítalo bien, Peralta,
y piensa, Jaime, que es
tu última hora llegada.

«Escucha cual la tormenta
se aproxima y se desata:
hoy morirás, Jaime Ruiz:
procura salvar tu alma.»

La Tempestad

Dos horas hace que en tremenda lucha
de esas que el hombre con el mar sostiene
como si de su arrojo envanecido
con su grandeza competir quisiere,
sobre la movediza superficie
El Gavilán impávido mantiene
combate desigual con la tormenta
que más á cada instante en fuerza crece.

Oscuro velo de apiñadas nubes
por donde quiera rápido se extiende,
y con fragor horrísono los truenos
del huracán ensordecen.

La angulosa centella, el ígneo rayo,
el seno oscuro de las nubes hienden
y en su rápida fuga, en mar de fuego
la extensión de las aguas se convierte.